sostenia, no queriendo perder ni uno solo de los elementos que mas tarde pudieran coadyuvar á la consecucion de sus levantadas miras, como si la adversidad y los desengaños lo hubieran iniciado en los secretos del porvenir, se permitió, viendo perdida la causa que defendia, manifestar atentamente, que aunque preveía que aquella conciliadora disposicion no consolidaria la paz del canton de Tepic, se tomaba la libertad de proponer á D. Juan Sanroman para que se encargara del mando político y militar del expresado canton, y á D. Manuel de Zelayeta, hombre de acendrada probidad, para que se recibiera de la administracion de la aduana marítima de San Blas. Los motivos que Corona tuvo para hacer estas indicaciones, se verán mas adelante, en uno de los apéndices.

Despues se propuso la cuestion de si convendria ó no, iniciar á la cámara, que el canton de Tepic se emancipara de Jalisco para erigirlo en Estado, y con este motivo el general Ogazon dijo, que esta idea era una de las exigencias del partido liberal de Tepic; pero el general Corona, ante cuyo enérgico temple de alma se quebrantaron siempre las fórmulas y las transacciones, comprendiendo que separar el canton de Tepic, del Estado de Jalisco, que desmembrar los Estados mas poderosos para formar otros pequeños, seria lo mismo que debilitar la accion de cada uno de ellos, ambicionando mas bien ser buen liberal que buen soldado y siendo mas partidario de la soberanía de los Estados, que de la preponderancia de los poderes del centro, repuso con viveza y sagacidad: que aunque Tepic tenia elementos para erigirse en Estado, no creía político ni conveniente que se le emancipara en aquella ocasion, porque era conceder al enemigo mas de lo que pedia. Esta cuestion siguió debatiéndose por algun tiempo, al cabo del cual el presidente, declarándola suficientemente discutida, tuvo á bien darla por terminada, y dirigiéndose á Corona le ofreció ocuparse en seguida de dictar las instrucciones relativas á aquel negocio.

En su condicion de soldado, á Corona no le quedaba mas recurso que acatar la resolucion dictada por el gobierno, aunque el recuerdo de sus sacrificios y los de sus amigos por la extincion del vandalismo en Tepic, no le permitian conformarse con la idea de que la salvacion de aquellos heróicos pueblos, fracasara, cuando la nacion tenia elementos mas que suficientes para someter al feroz Lozada, que tantos dias de luto habia dado á México, y que tan terriblemente habia contribuido á la decadencia del grande Estado de Jalisco. Sin embargo, estaba seguro de que Lozada no se presentaria ante el supremo magistrado de la república, y esta seguridad le daba ánimo para esperar que la marcha natural de los acontecimientos, hiciera justicia á sus aspiraciones, pues si queria la campaña, la queria para la felicidad de los pueblos de Occidente que tanto amaba, y no para alcanzar una nueva victoria.

La nobleza de estos sentimientos, y la conciencia de aquellas verdades, dieron conformidad al espíritu del caudillo, para obedecer, sin desesperar, como tenia de costumbre, las últimas disposiciones del gobierno, y para confiar tranquilo sus esperanzas al porvenir.

El 12 de Agosto, marchó para Guadalajara, en donde dos dias despues de su llegada, recibió del ministerio de gobernacion una comunicacion en que el ejecutivo, en uso de sus facultades, declaraba á Tepic distrito militar; otra en que nombraba á D. Juan Sanroman, gefe político militar del expresado distrito, una tercera facultando al referido Sanroman, para que nombrara las autoridades correspondientes, y otra, en fin, en que se prevenia al mismo Sanroman, como jefe político, que notificara á Lozada y á Rivas, que para admitir la sumision que proponian, era necesario que se presentaran en México. A estas comunicaciones, que se trascribieron al cuartel general de Occidente, venia adjunta otra para el mismo Corona, en que se le ordenaba que diera pasaportes y escoltas á Lozada y á Rivas.

Para dar cumplimiento á las últimas disposiciones del presidente, el ministro de la guerra dirigió al general Corona una órden, previniéndole, entre otras cosas, que bajo la denominacion de 4ª Division militar, redujera el efectivo del ejército de Occidente, á cuatro mil hombres, mandando retirar á sus hogares á las fuerzas que lo hubieren solicitado, así como á las que no le fueren ya necesarias, dándoles las gracias á nombre del supremo gobierno, por su lealtad y buenos servicios á la patria.

Conforme á esta órden, el general Corona mandó reducir el ejército como se le prevenia; mas para proceder con la justificacion que lo caracteriza, dispuso que á cada individuo que se diera de baja, se le extendiera una liquidacion de los alcances á que era acreedor por su empleo, pues ningun gefe, oficial ni soldado, habia recibido sueldo cabal mas que cinco veces en el largo período de nueve años, y un certificado en que se hicieran constar el tiempo de sus servicios, con expresion de las acciones de guerra en que se hubiera encontrado y los ascensos á que se hubiese hecho digno.

Este cambio de denominacion fué el que puso fin á un ejército, que despues de tantos dias de gloria como dió á la patria, plegó sus banderas y volvió á la oscuridad del hogar doméstico, con la conciencia de haber derramado á torrentes su generosa sangre por la libertad del suelo que lo vió nacer. Pero la desaparicion de su nombre de la escena nacional, no es la desaparicion de su glorioso recuerdo, porque la historia ha colocado ya á sus hombres en el templo de los héroes, y á sus muertos en el altar de los mártires. Si México olvidara lo que debe á los bravos hijos de Occidente, las generaciones venideras lo declararian indiguo de la independencia.

Es verdad que al otro dia de la victoria sucedió lo que siempre sucede despues de una conquista social, se les dió de baja, porque siempre se da de mano á los grandes obreros de una nueva época, á los que por la fuerza de las ideas ó de las armas han obligado los acontecimientos á obedecer á un nuevo órden de cosas; pero esta es la historia de las sociedades modernas ó á lo menos las tendencias de la democracia. Las heróicas compañías de zapa armonizan pocas veces, y con peligro de las instituciones, con las tranquilas falanges de arquitectos de una sociedad

libertada. Destruir y reconstruir, son trabajos que se cumplen entre la guerra y la paz, y pertenecen por lo general á tiempos y á hombres de distinta naturaleza. La república mexicana es una república altamente democrática y no militar.

Esta conviccion hizo que Corona inclinara la frente ante la suprema resolucion del presidente de la república; pero la inclinó con la secreta satisfaccion de que el valiente ejército que habia sido el compañero íntimo de sus glorias y el objeto de sus desvelos, dejaba en el mundo, al deponer las armas, un recuerdo imperecedero. Corona al envainar la espada, probó, como siempre, ante la vulgar insubordinacion de los antiguos miltares, que como sabia pelear, sabia tambien obedecer. Hijo del pueblo, heredó del pueblo todas sus virtudes y todas sus aspiraciones; nacido en Puruagua, á orillas del espacioso lago de Chapala, recibió de niño en los brazos de una virtuosa señora, que fué su madre, las primeras impresiones de las olas y de las montañas; hombre de condicion humilde, recorrió la soledad, que es el sagrado locutorio del alma con su porvenir, y consultó, ya huérfano, evocando la memoria de su madre, los arcanos de su destino; creció al estruendo de nuestras convulsiones políticas, y al escuchar las tradicionales epopeyas de nuestra primera independencia, se deslumbró con los rayos de la gloria; llegó á sus oidos la voz de los pueblos que oprimidos por las facciones militares y el despotismo de Lozada, clamaban justicia, y se estremeció de impotencia, porque nunca se imaginó lo que valdria con el tiempo, una voluntad tan enérgica como la suya; pobre, desvalido y casi desterrado por la suerte á las remotas serranías del mineral de Motage, oyó un dia hablar del Cincinato de nuestra historia, del general Degollado; y comprendiendo que este caudillo ilustre era un apóstol de la libertad, quiso seguir la luminosa huella que este hombre inmortal trazara en su carrera de infortunios, y nuestro jóven Corona, que entonces no contaba mas que veintiun años, proclamó en los alrededores de Acaponeta la constitucion de 1857. Tronó su voz, enarboló la bandera de la Reforma, condensó la revolucion y la esparció por todos los Estados de Occidente, con tales formas y tal prestigio, que al saber su gefe, en Guadalajara, que se habia perdido Tepic, por la capitulacion de las fuerzas de Cordero, entre las cuales se encontraba nuestro héroe, exclamó: "Pero si se salvó Corona que vale mas que Tepic, ¡se salvó todo!" Hoy puede decir la historia, que valia algo mas, porque llevando secretamente en su corazon, esa deidad del progreso que se llama revolucion, alcanzó por ella y con su sangre la reforma, y porque acariciando en su alma, esa otra divinidad de la libertad que se llama independencia, contribuyó á realizarla desde el momento en que arrancó á Napoleon III su última bandera, al rendir prisionero á Maximiliano en los campos de Querétaro.

Pero sobre la vida de Corona y la de sus bizarros generales Martinez, Dávalos, Guerra, Saavedra y Tolentino, la historia no puede pronunciar su última palabra: son jóvenes todavía; están marcados con profundas y gloriosas cicatrices, en servicio de la patria, y el porvenir los juzgará.

Para dar cima á nuestra larga tarea, réstanos solamente hacer una ligera apreciacion de los últimos acontecimientos que tuvieron lugar en la época á que nos venimos refiriendo. Si el ilustre presidente Juarez se desentendió en los dias del sitio de Querétaro, de la actitud neutral de Lozada, no quiso significar con su aparente inaccion, que veia con indiferencia el escandoloso plan de neutralidad de este gefe, sino que reservaba su resolucion para dias mejores. Aceptar la neutralidad, habria sido aceptar el deshonor con la competencia y la rivalidad. Por desgracia, el presidente aconsejándose, no de la experiencia, sino del espíritu de paz, que tanto anhelaba para sus conciudadanos, decretó la reduccion del ejército, antes de que consumara su obra, desvaneciendo así las esperanzas de uno de los mas acreditados generales de la nacion, y arrojando desde el altar en que sacrificaba las rectas intenciones de Corona, las águilas del ejército de Occidente á las encumbradas regiones de la historia.

Juarez, el benemérito de las Américas, en esta época, en razon de la santidad de su causa, la independencia de México y la libertad del continente, era un símbolo para la raza latina en el siglo XIX; era uno de esos astros históricos que personifican un pueblo; mas, era un astro que declinaba ya hácia su horizonte con destellos de conciliacion, para dormir el eterno sueño de la paz. El dia en que desaparecieron los cadalsos de la reaccion y del imperio, Juarez, en patriarcal comunion con el grandioso espíritu que animaba á Lincoln y á Seward, bendijo á los pueblos mártires americanos que descendian redimidos y desangrados del Gólgota de la esclavitud; pero apenas los bendijo y murió para la política de su país, desde el momento en que ocupando el palacio de los Moctezumas, consumó la independencia de su patria.

Ya que levantamos el velo del pasado, y removemos la tierra del olvido, para honrar la memoria de nuestros muertos, permítasenos al concluir nuestra narracion evocar por última vez, el recuerdo de nuestros mártires, porque deseamos que la posteridad vea en la muerte del denodado sargento Doroteo Lopez, la primera gloria del ejército de Occidente, en la de los valientes ciudadanos José Maria Villanueva, Miguel Brizuela, Dr. Antonio Molina, Juan B. Sepúlveda, Bonifacio Peña, Pablo Márquez, Salas, Miramontes y Quevedo, la muerte de hombres que representando el buen sentido y la idea progresista, abandonaron sus pacíficos hogares y atravesaron la revuelta atmósfera de la revolucion, para ofrecerse víctimas voluntarias en las aras de la libertad. La muerte de estos pundonorosos mexicanos, fué para los insurrectos de Motage, un alto ejemplo, que dió provechosos frutos en la escuela del valor y del sufrimiento. Su recuerdo puede presentarse como el emblema de los sacrificios desinteresados del pueblo.

¡Que los generales Gutierrez, Herrera y Cairo, Rosales, Coronado, Guadarrama, los dos Correa, Granados, Gonzalez y Valenzuela, duerman en paz en sus ignoradas tumbas, bajo la sombra de sus inmarcesibles laureles! Soldados oscuros del pueblo, aventureros de un dia de gloria, no necesitaron mas que de sus virtudes y de la